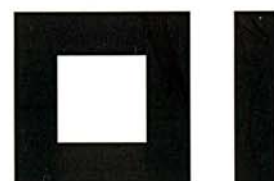
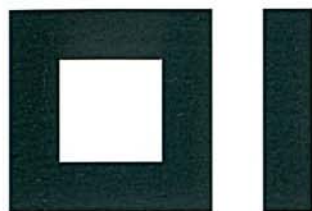




I PREMIO DE ARQUITECTURA COAL

AÑO 04





I PREMIO DE ARQUITECTURA COAL



EDITA
Colegio Oficial de Arquitectos
de León.
Conde Luna 6, apdo. 882
24003 León.

DECANO
Fernando de Andrés Álvarez

DIRECCIÓN
Fernando de Andrés Álvarez
Ángel M. Román Fernández

COORDINACIÓN
Ángel M. Román Fernández

SECRETARIAS
Teresa Anel Matarredona
Montserrat Álvarez Montiel
Ana M^a González Díez

CONSEJO DE REDACCIÓN
LEÓN
Melquíades Ranilla García
PALENCIA
Luis Muñoz González
SALAMANCA
Marco Antonio Tapia López
Ignacio Heredero Ortiz de la Tabla
ZAMORA
Luis Pichel Ramos

COLABORA
INSTITUTO DE LA
CONSTRUCCIÓN
DE CASTILLA Y LEÓN
www.icl.es

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Logical Estudio Creativo
www.logicalestudiocreativo.com

sumario



LA RECONSTRUCCIÓN ARQUITECTÓNICA DE BERLÍN TRAS LA II GUERRA MUNDIAL | 5

LA ÉPOCA DORADA DE LOS CONCURSOS | 13

CONCURSO DE DISEÑO DE PIEZA ESCULTÓRICA, PLACA REPRESENTATIVA Y DIPLOMA DE LOS PREMIOS COAL | 15

I PREMIO DE ARQUITECTURA COAL | 27

EDIFICACIÓN NUEVA PLANTA VIVIENDA UNIFAMILIAR | 31

EDIFICACIÓN NUEVA PLANTA VIVIENDA MULTIFAMILIAR | 39

EDIFICACIÓN NUEVA PLANTA EDIFICIOS PÚBLICOS ADMINISTRATIVOS | 45

RESTAURACIÓN, REABILITACIÓN E INTERVENCIÓN EN EDIFICIOS PRIVADOS O PÚBLICOS | 53

INTERIORISMO Y DISEÑO | 59

URBANISMO, DISEÑO URBANO Y PAISAJISMO | 65

CAMPOS NO CONVENCIONALES EN LA ACTIVIDAD DEL ARQUITECTO | 71

ENCUENTROS CASUALES | 73

TIRALÍNEAS | 74



editorial

Por fin,... el primer número después del CERO. Y para celebrar este proceloso alumbramiento nada mejor que mostrar en él, los proyectos finalistas y premiados en nuestro PRIMER PREMIO DE ARQUITECTURA COAL (2004).

Como intenté explicar en el número CERO, no está entre nuestros objetivos el competir con las sublimes y caras revistas de Arquitectura de ámbito nacional o internacional, sino tratar que "nuestra revista" sea un humilde y digno escaparate de la personalidad y del temperamento creativo y profesional de los colegiados del COAL.

El reconocimiento y el premio, estimulan y recompensan a todos los artistas, pero creo que a ninguno más que a los Arquitectos, una especie de masoquistas en alarmante expansión, que se obstina en presentarse a concursos, a sabiendas del esfuerzo intelectual que ello supone, y del desproporcionado gasto, de las largas noches de excesos de radio, papel y esnifes de toner; y después los agobios, las prisas y también las risas... ¡menos mal! Como cantaba otro que también estudió Arquitectura, J.B. Humet, "a veces pienso que tengo suerte, sin una perra, y aún me divierte mi profesión..." En fin, reconozcamos que este ardor intelectual enriquece a la sociedad mejorando su Arquitectura pero empobrece a los Arquitectos y comporta que en tiempos de premios y concursos se froten las manos los propietarios de los medios de reproducción gráfica y del transporte urgente, para que después esgriman pectorales algunos políticos que presentan sus logros, evocando la obra arquitectónica construida como fruto personal basado en la ayuda económica de la Administración. Lo cierto es que los Arquitectos somos, con demasiada asiduidad, acólitos en foto con intención política, positivo a veces, y seriamente preocupante si como suele ser frecuente, ello es consecuencia de un concurso de Arquitectura sin la actuación un Jurado profesional y comprometido desde la independencia crítica.

Todo esto lo escribo hoy, justamente el día antes en que debo formar parte del Jurado que habrá de dirimir sobre la solución idónea para el edificio que albergue la sede de nuestro Colegio en Salamanca y la de nuestra Fundación Cultural, con la pena de que sólo uno de los 72 (setenta y dos) proyectos presentados se verá de verdad premiado, con su construcción... Espero.

Ese esfuerzo al que antes he aludido, es el que todos anhelan ver recompensado, aunque al menos sea con su publicación en una revista provinciana como ésta, desde la que nos comprometemos a distinguir en nuestro siguiente número. Gracias masocas...

Fernando de Andrés Álvarez
Decano del COAL



Por qué Encuentros casuales

Las noticias en los suplementos culturales viven tabicadas en secciones académicas. Parecen destinadas a una existencia solitaria e independiente sin contacto entre ellas aunque, en ocasiones, vemos un guiño cómplice entre dos críticas u oímos un susurro al volver la página. Sólo pueden dialogar en casos flagrantes y así la película *En construcción* puede saltar a las páginas de urbanismo y el proyecto de Libeskind para la zona cero ocupar páginas de sociedad. Pero ¿y el resto de noticias y reportajes? Dejémoslos libres para que puedan acercarse los unos a los otros sin prejuicios, fundirse en un abrazo pródigo y enriquecerse así en sus encuentros casuales.

La chispa que ha hecho prender la mecha es la celebración de un doble centenario, el de la publicación de la obra teatral *El jardín de los cerezos* y la muerte de su creador, Antón Chéjov. El aniversario no ha pasado inadvertido en las páginas de teatro y literatura pero allí ha quedado estancado y solo. Si aun hoy aparece Chéjov en las páginas de los rotativos es por su vigencia, que sobrepasa los confines de la dramaturgia y desborda a otros territorios, como el urbanismo y la ciudad, o la antropología y la creación de la identidad de la modernidad. Dejemos la puerta abierta para que el centenario *El jardín de los cerezos* pueda encontrarse con otras materias, para que lectores de otras disciplinas tengan ocasión de tropezar casualmente con Chéjov y, en una ceremonia de interdisciplinariedad cotidiana, aprovechar para dialogar con él sobre temas comunes.

Cerezales urbanos

Su finca se encuentra tan solo a veinticinco verstas de la ciudad, el ferrocarril pasa cerca; si usted divide en parcelas el jardín de los cerezos y la tierra a lo largo del río para construir casitas de veraneo y luego las da en arriendo, obtendrá por lo menos 25.000 rublos de rédito al año.

[El jardín de los cerezos, acto I]

Parecen palabras actuales pero fueron escritas hace justo 100 años por el dramaturgo y cuentista ruso Antón Chéjov en su última obra, *El jardín de los cerezos*. La protagoniza una familia aristocrática venida a menos que, para menguar sus deudas, se ve en el trance de subastar su fenomenal huerto, un cerezal simbólico donde coinciden el pasado poderoso y feliz —como en una prolongación de la habitación de los niños donde transcurre parte de la acción de la obra— con la modernidad industrial. El mismo año del estreno, 1904, la tuberculosis vencía su pulso con Chéjov, un médico de 44 años que nos dejaba en herencia espléndidas narraciones cortas, como *La señora del perrito*, y media docena de piezas teatrales (*La gaviota*, *Tío Vania*, *Las tres hermanas*) que un siglo después reivindicaban todavía su vigencia sobre los escenarios de todo el mundo. En su época no consiguieron gran reconocimiento hasta que Stanislavski, el creador del método interpretativo tan en boga en el Hollywood de los 50, decidió montar *El jardín de los cerezos* con un estilo renovador y naturalista que resaltaba el mundo chejoviano: personajes paralizados por la rutina, que quieren pero no pueden o no se atreven, convencidos de que ni siquiera vale la pena intentarlo. En el horizonte de ese microcosmos planea omnipresente una cuestión que nos implica a diario: la huida del mundo rural a la ciudad y la transición hacia la vida urbana moderna.

En *El jardín de los cerezos*, la dueña de la finca, Liubov, viaja arruinada por Europa y, tras perder la propiedad, marcha para instalarse en la ciudad; en otras obras del autor aparecen también gentes que sueñan con la urbe. En el fin de siglo ruso ese lugar mágico estaba en plena transformación gracias a una revolución industrial que cambiaba la fisonomía de las ciudades neobarrocas, dominadas por una pequeña aristocracia que contemplaba desde sus jardines el ascenso imparable de la burguesía industrial. La nueva clase dominante modificaba la trama de la ciudad,

racionalizaba el territorio, lo parcelaba y especulaba con él para adaptarlo a las exigencias de la producción, el consumo y los intercambios mercantiles. Es la propuesta que le hacen a Liubov pero que ella rechaza por encontrarlo de mal gusto. Los terratenientes no se sintieron involucrados en la creación de la ciudad, tan solo llamaban a sus puertas para pasear vestidos de seda por las avenidas de los nuevos ensanches.

Paradójicamente vivimos en el siglo XXI una situación de nueva expansión urbana que se enfrenta a la redefinición y liberación de los límites espaciales de la ciudad. En este caso son fenómenos como la mundialización de la economía, las nuevas tecnologías o la desaparición de los bloques geopolíticos —todos ellos actores de la globalización— los que marcan la redistribución del territorio. Pero esta economía se basa en actividades que no necesitan imperativamente ser realizadas en instalaciones urbanas por lo que es en la logística y la conexión con las grandes redes de transporte, en la accesibilidad, donde descansa la capacidad de desarrollo económico de las ciudades. La terciarización alcanza a la ciudad de pleno: ya no produce, gestiona. A la dicotomía clásica público/privado se le suma una tercera vía relacionada con ese cambio: el espacio colectivo a medio camino entre ambos del que serían ejemplo los centros comerciales. En esa fragmentación espacial que acoge relaciones sociales cada vez más fugaces intentamos reconocer nuestro cerezal. Entre las parcelas amenazadas existe una que también lo estaba en la revolución industrial del siglo XIX aunque no existiera conciencia de ello. Se trata del medio natural, la diversidad biológica que puede sucumbir a una colonización que desarticule la riqueza natural aprovechando el debilitamiento del Estado regulador. Por su parte, la cultura global, armada de gran despliegue mediático, reta a las manifestaciones locales, a sus producciones artísticas e imaginarios simbólicos.

La ciudad se desborda tras esta revolución y las estrategias configuradoras de territorio necesitan tener en cuenta ámbitos más amplios, regionales o áreas metropolitanas, que se gestionen de manera autónoma y configuren identidad. El mayor desarrollo de una democracia de ámbito local-regional con modelos políticos urbanos más operativos podría conseguir proyectos más dinámicos y adecuados a las necesidades de la revolución urbana. El jardín de los cerezos sucumbió al no adaptarse a las nuevas circunstancias porque, como nos enseñó Chéjov, no hacer nada también tiene consecuencias, a veces graves.

